

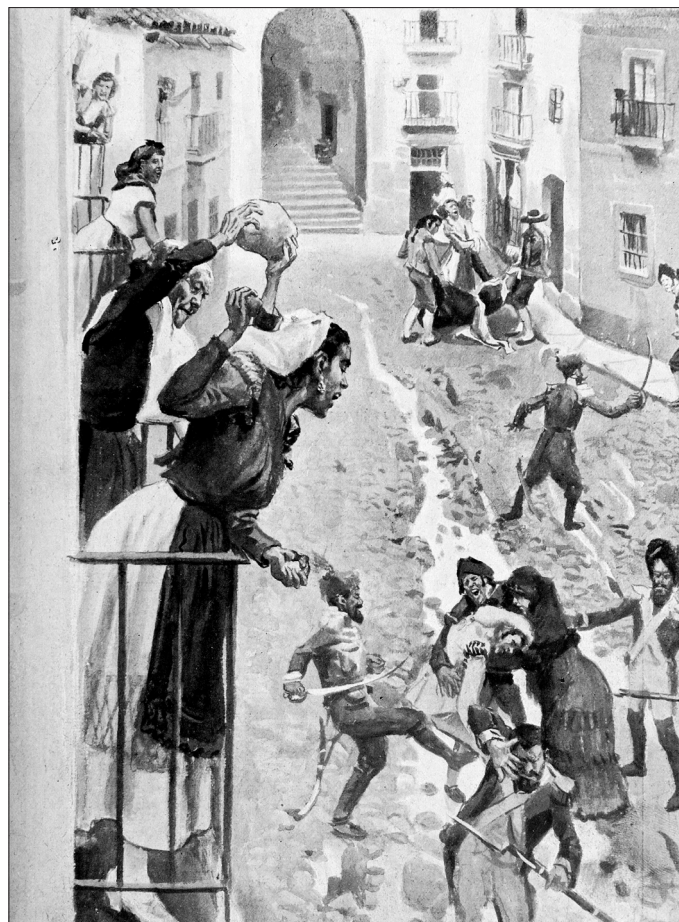
2 DE MAYO DE 1808

## NUESTRO REY, NUESTRA CONSTITUCIÓN, NUESTRA INDEPENDENCIA

### El Dos y el Tres de Mayo en Madrid

A las nueve de la mañana del 2 de mayo de 1808 la llamada reina de Etruria (hija de Carlos IV) subió con sus hijos a un carruaje estacionado en la puerta del Príncipe del Palacio de Oriente, en Madrid. Un segundo carruaje estaba reservado al infante Don Francisco de Asís, pero antes de que bajara el infante, un hombre llamado **José Blas Molina y Soriano**, maestro cerrajero, entró en el Palacio y salió gritando que se habían llevado al Rey y querían llevarse a todas las personas reales. Hubo también quien dio la alarma desde el balcón. Se arremolinó la gente y el infante salió al balcón para saludarles. Joachim Murat, duque de Berg y general al mando de las tropas napoleónicas ocupantes de Madrid, mandó a uno de sus ayudas de campo a informarse. Fue atacado y sólo le salvó la intervención de un capitán español y unos granaderos franceses. El batallón de granaderos enviado por Murat como represalia disparó sobre la multitud sin previo aviso, lo que ocasionó varias muertes.

La noticia del incidente se propagó por Madrid y salieron grupos armados de civiles que atacaron a los franceses que en-



El dos de mayo de 1808 en Madrid. Escenas en la calle de Cuchilleros. Ángel Díaz Huertas

contraban en su camino. Murat ordenó la entrada en Madrid de varias unidades militares acantonadas en las afueras, lo que pro-

vocó la reacción de los vecinos, incluido un grupo de mujeres en la Puerta de Toledo. Hubo enfrentamientos graves en varios

puntos, en particular en la Puerta del Sol, con muertos en los dos grupos contendientes. Algunos vecinos se refugiaron cerca del Parque de Artillería (actual plaza del Dos de Mayo), adonde llegaron y se sumaron al levantamiento los capitanes **Luis Daoiz** y **Pedro Velarde**, junto con otros militares, que en los días previos habían empezado a planear una sublevación contra los franceses.

Velarde consiguió que la tropa francesa estacionada en el Parque de Artillería abriera la puerta a los españoles, tras lo cual se repartieron armas a los paisanos. Mientras, una columna francesa avanzaba hacia allí. Fue recibida con descarga de mosquetes. La artillería del Parque rechazó un nuevo asalto francés, aunque, después de varios incidentes, la tropa invasora forzó la rendición del cuartel, aunque no la de todos los civiles. Hubo represalias allí mismo cuando, sobre las dos de la tarde, acabaron los combates. Ante la ferocidad de lo que estaba ocurriendo, la Junta de Gobierno de Madrid intentó detener los ataques y las represalias. No lo consiguió y Murat formó una comisión para juzgar (es decir, ejecutar) a todos los considerados rebeldes, en particular cualquier



El 2 de mayo de 1808 o La carga de los mamelucos (1814). Francisco de Goya.

portador de cualquier instrumento que pudiera considerarse un arma. También se detuvo a los habitantes de las casas desde las que se había atacado a las tropas francesas. En la madrugada del 3 de mayo, estos hombres fueron ejecutados sin posibilidad de defensa en la montaña del Príncipe Pío -cerca de la Moncloa-, en el Buen Retiro y en el Prado. Los cálculos más fiables hablan de 197 soldados franceses muertos y otros 500 muertos españoles (incluidos los fusilados), de los que un 15% (de entre los muertos y los heridos) eran mujeres y un 5% niños.<sup>1</sup>

Por las listas de víctimas establecidas en aquellos días, Emilio de Diego ha establecido que la mayoría de los sublevados eran jóvenes (un 42 por ciento de entre 20 y 40 años, y un 17 por ciento de entre diez y veinte años, con una cifra importante (cinco por ciento) de ancianos y niños. Predominaban los asalariados de

muy diversas actividades (un 45 por ciento), con una participación importante de empleados públicos civiles (casi el 37 por ciento) y militares (más del 15 por ciento).<sup>2</sup> Todos los relatos destacan la participación heroica de las mujeres, que vuelven a la gran historia con nombre y rostro: **Manuela Malasaña** (hija del panadero francés Jean Malesange) o **Clara del Rey**, por ejemplo. Y los interminables listados de muertos, desaparecidos y heridos nos hablan de la movilización de una sociedad entera, y siguen resultando tan conmovedores como el día en el que se establecieron: **Pedro Oltra García**, oficial de albañil. Fue cogido viniendo con su padre (...), y arcabuceado en el acto de ir a comer a su casa de la obra en que trabajaba en la Puerta de Alcalá. Deja su mujer embarazada y tres hijos menores. (...) **Antonio Martínez**, mancebo de las Reales Caballerizas. Salía de esquilarse las mulas de la

Real Casa en el Retiro, en cuyo patio fue fusilado por encontrarse unas tijeras. (...) **Doña Escolástica López Martínez**, de treinta y seis años, natural de Caracas de Indias, soltera, (...), herida en el balcón de su propio domicilio; murió el 26 de Junio, y se la enterró de secreto. (...) **Esteban Castarera y Barrio**, niño de nueve años, herido en su propio domicilio de la calle de Mira al Río, esquina a la del Carnero, y muerto el once del mismo mes. (...) **Doña Francisca Olivares Muñoz**, que vivía en la calle de la Magdalena, fue una de las heroínas del Parque [*de Monteleón*]; retirada herida a su casa, murió el día 8, dejando siete hijos huérfanos. (...) **Francisco García**, de edad de cuarenta y tres años, natural de Ancaraz, parroquia de San Juliano del Puente, concejo de Tineo, molendero de chocolate, casado, con seis hijos. (...) **Don Luis Monge y Vila**, natural de Menorca; herido en la puerta

del Sol, en la refriega de los Mamelucos; trasladado a su casa, plazuela de Antón Martín, murió el 17 de julio. (...) **Doña María Felipa Costa**, mujer de D. Manuel Marín Cancio; habitaba en la plazuela de los Consejos, núm. 1; los horrores de los que fue testigo desde una vidriera, trastornaron su juicio, y se arrojó desde el piso segundo en que vivía por el balcón a la calle. Hallábase embarazada de meses mayores, y murió el día 17"...<sup>3</sup>

Murat, al que el propio Bonaparte juzgaba vanidoso y fatuo (Mor de Fuentes, testigo de lo ocurrido, apunta que el 1 de mayo iba "todo aterciopelado y engalanado, vestido de mojjiganga"), creyó que con el terror se cerraba el incidente, reducido a un motín. No fue así.<sup>4</sup> Difundió la noticia de lo ocurrido el bando de Andrés Torrejón, alcalde de Móstoles, escrito por Juan Pérez Villamil, fiscal y académico, del que conocemos una versión posterior: "**La**

patria está en peligro. Madrid sucumbe víctima de la perfidia francesa. Españoles, venid a salvarla.”<sup>5</sup> Los levantamientos arrancaron en Oviedo, con Santander y La Coruña, luego Valencia, con Tortosa, Tarragona, Alicante, Cartagena y Murcia; Sevilla, por fin, con Badajoz, Córdoba, Jaén, Granada, Málaga, Almería, Cádiz y Canarias. En Castilla y León se sublevaron León, Zamora, Salamanca y Valladolid. Aquí el capitán general, reticente y partidario de Godoy, se vio obligado a firmar un bando que decía: “El español no ha nacido para ser esclavo, nació para ser libre y no puede serlo si no toma las armas en defensa de sus derechos”.<sup>6</sup> Del levantamiento en Oviedo escribe el conde de Toreno: “Entonces [la Junta] afirmó la revolución (...). Al día siguiente 25 de mayo se declaró solemnemente la guerra a Napoleón, y no hubo sino un grito de indecible entusiasmo. ¡Cosa maravillosa, que desde un rincón de España hubiera habido quien osase retar al desmedido poder ante el cual se postraban los mayores potentados del continente europeo!”<sup>7</sup>

El ambiente ya estaba electrificado por la llegada de tropas francesas, que empezaba a comprenderse como lo que era, una “invasión solapada”.<sup>8</sup> En Madrid, los incidentes entre franceses y españoles fueron constantes desde la última semana de marzo y el rechazo, sistemático y permanente, multiplicado por el “aire de imperio y señorío” adoptado por los invasores, llegó al colmo con la salida del muy impopular Godoy, protegido por la tropa napoleónica.<sup>9</sup> La situación política era explosiva, con Carlos IV y la reina María Luisa recién abdicados, la salida de Godoy y Fernando VII, convertido en la viva encarnación de la regeneración nacional, también en Francia. Bonaparte, invencible hasta entonces, se consideraba la encarnación de la Razón universal emancipadora y estaba convencido de que los españoles eran un pueblo aborregado, pastoreado por curas y frailes en el oscurantismo supersticioso. El desmentido

## En el levantamiento de Madrid participaron españoles de muy diversas procedencias, no sólo madrileños

resultó brutal. Luego confesó al conde de Las Cases que “aquella desdichada guerra [de España] me perdió; dividió mis fuerzas, multiplicó mis esfuerzos, atacó mi moral”.<sup>10</sup>

Durante mucho tiempo se ha debatido hasta qué punto el levantamiento de Madrid fue una provocación de Murat (algo poco probable), una manipulación de los partidarios de Fernando VII (con elementos de verosimilitud) o un acto de rebelión espontáneo. El tono, entre rencoroso y despreciativo, que fue adquiriendo la revisión progresista de los hechos y

que hace del Dos de Mayo la base del partido absolutista, lo resume un apunte de Azaña: “El pueblo siempre ha estado ausente de la historia de Madrid (...) salvo (...) aquel día, madrileño como ninguno, en que se sublevó al saber que le raptaban un infante que por casualidad era imbécil”.<sup>11</sup> Se ha intensificado y ha cobrado un nuevo sesgo gracias al ingente esfuerzo universitario, en particular de la escuela de Álvarez Junco y los nacionalistas, empeñados en demostrar que la nación española es un fracaso. El empeño continúa, con apoyos oficiales masivos

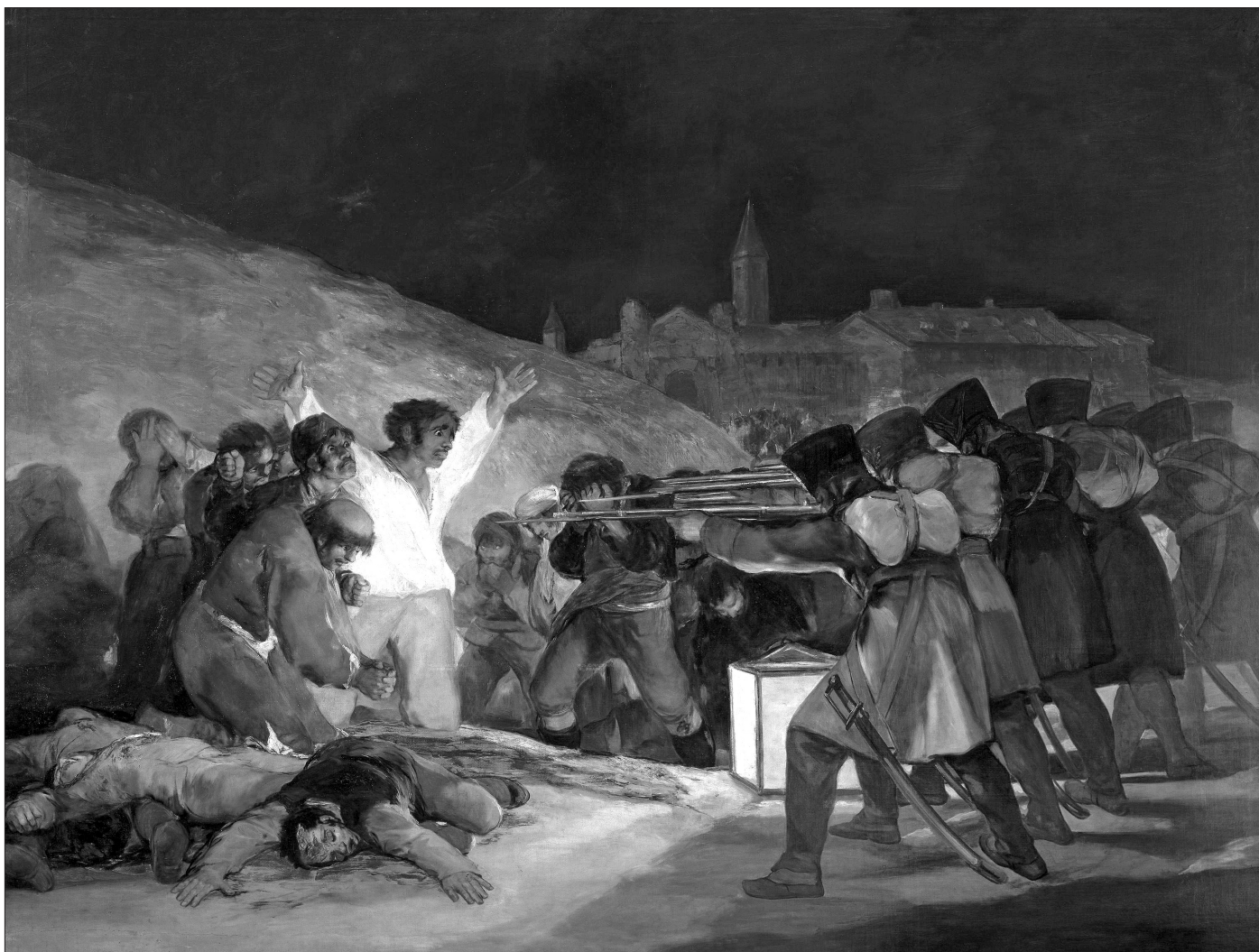
de todos los gobiernos, la fobia a lo español de los nacionalistas, las truculencias regeneracionistas y los relatos auto justificativos del propio fracaso por parte de republicanos y progresistas.

Imposible de negar, sin embargo, es que los hechos de Madrid fueron seguidos de un levantamiento general. Ya en el levantamiento de Madrid participaron españoles de muy diversas procedencias, no sólo madrileños. Y este levantamiento convirtió a las jornadas de dos y tres de mayo en un mito y a la Guerra de la Independencia en la primera guerra moderna de propaganda, con multitud de pasquines, manifiestos, poemas y canciones, ganada muy ampliamente por los españoles. Aquí, en España, y también en el resto de Europa, donde llevó a acabar con la reputación de superhéroe que había alcanzado Bonaparte. Ahora bien, el relato del levantamiento del 2 de mayo y las ejecuciones de los días dos y tres no es un mito porque falsificaran la realidad de lo ocurrido. Más bien, creó una clave básica, inteligible por todos, que permitía dar sentido a la realidad y a la propia conducta en un momento de crisis total, cuando se había derrumbado el Estado, el titular (o los titulares) de la soberanía estaban ausentes, buena parte de las elites dirigentes habían desertado su puesto y el país estaba invadido por tropas que venían a repartir España para los Bonaparte.

Desde el primer momento, resulta aplastante la evidencia de una conciencia nacional no ya emergente, sino cuajada en todo el territorio español y compartida por el conjunto de algo que sólo es posible llamar de un modo: el pueblo, el pueblo español, consciente de serlo. No es incompatible con lo que transmiten dos eminentes testigos de los hechos: la sensación de miedo de José María Blanco White, en sus *Cartas de España* (“Carta duodécima, de 25 de julio de 1808, en la que cuenta cómo vio pasar a Daoiz herido, desangrado y doliente, tendido y llevado a hombros sobre una escalera por dos hombres), y la excitación



Malasaña y su hija batiéndose contra los franceses (1887). Eugenio Álvarez Dumont.



Los fusilamientos del tres de mayo (1814). Francisco de Goya.

de **José Mor de Fuentes** en el *Bosquejillo de su vida*, donde cuenta cómo pasó la noche del 30 de abril en el café de la Fontana discutiendo con su amigo Velarde, “acaloradísimo”, la forma de resistir a la *francesada*. Tampoco los dos cuadros conmemorativos de **Goya**, de 1814, ni la serie de los *Desastres de la guerra* transmiten exaltación épica alguna. Muy distinta es la visión posterior, patriótica y liberal del maravilloso **episodio galdosiano** del *14 de marzo y el 2 de mayo* o la de la sublime *Cádiz*, zarzuela titulada “Episodio nacional cómico-lírico-dramático” por sus autores -**Federico Chueca** y **Joaquín Valverde**, con libreto de **Javier de Burgos**-, que aunque no tiene Madrid por escenario y carece de la trágica tonalidad de los acontecimientos madrileños, plasma muy bien la interpretación constitucional que se dio a la revolución surgida del Dos de Mayo. (Con una **Marcha** que

durante varios años alcanzó casi la categoría de himno nacional, *Cádiz* resultó sistemáticamente desacreditada tras el “desastre” del 98. Aún no hemos sido capaces de recuperarla de aquella embestida nihilista, antipatriótica y anticonstitucional.)

Los motivos del levantamiento fueron expresados en su momento en toda clase de registros. Las letrillas y canciones más populares los formulaban con claridad, por ejemplo la célebrima *Cachucha madrileña*: “En el acto de salir / el pueblo se amotinó, / solamente pertrechado / del impulso de una voz. / **Hombres, niños y mujeres, / acordes decían, vamos; / antes morir que quedar / en poder de los tiranos**”.<sup>12</sup> **Jovellanos** los expresó con dignidad suprema en una carta al general Horace Sebastiani, que le suponía dispuesto a colaborar con el invasor, como tantos de sus propios amigos ilustrados: “Señor General, Yo no sigo un

partido. **Sigo la santa y justa causa que sostiene mi patria**, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto cargo de defenderla y regirla (...). No lidiamos, como pretendéis, por el interés de los Grandes de España; **lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra Constitución y nuestra independencia**.”<sup>13</sup>

La carta, que debería ser de lectura obligatoria en los colegios españoles, plantea de fondo un programa político de orden conservador, a la inglesa: instaurar un régimen leal a lo que se podría llamar la “constitución interna” de España. La propuesta de Jovellanos no prosperó, como tantas otras formuladas en los mismos años. Se abrió paso, en el Cádiz asediado, una Constitución que empezó a consolidar la revolución -la revolución liberal-española. Inspirada en modelos norteamericanos y franceses, re-

sultó más avanzada que la Carta de Bayona, estatuto otorgado, sin debate ni refrendo popular, pero muy al gusto de las exquisitas elites josefinas y afrancesadas. Y si bien resultaba problemática en lo institucional, la Constitución del 12 también era terminante en lo político. Se inauguraba la nación moderna, la de los ciudadanos dotados de derechos y sujetos a obligaciones para con ella -**el amor a la patria** en el artículo 6 y **la fidelidad a la Constitución** en el 7- y se empezaba a articular un régimen complejo de equilibrio de poderes entre el rey y las Cortes que alcanzaría su plenitud setenta años después. Eso sí, los españoles que se habían sublevado el Dos de Mayo en Madrid, los que se habían levantado inmediatamente después por toda España, aquellos mismos gracias a los cuales se pudo debatir y promulgar la Constitución, no necesitaban que Argüelles, el Divino Argüelles, les anunciara con

su característica combinación de displicencia y narcisismo, que sólo ahora tenían patria.

La existencia de la patria de los españoles, reafirmada en su nueva dimensión política en la Constitución de 1812, había quedado sobradamente afirmada, y reafirmada, desde el Dos de mayo. El profesor Emilio de Diego insistió, en un texto muy hermoso, en esa característica de la Guerra de la Independencia -el general “¡No importa!”, lo llama-, que lleva a los españoles, una y otra vez, a recomponer las fuerzas combatientes después de las muchas derrotas, alguna de ellas prácticamente terminales, que les infligió el ejército napoleónico.<sup>14</sup> Nunca fue una guerra civil, ni siquiera cuando la brutalidad se cebó también con los compatriotas, brutalidad tan bien retratada por Goya, aunque más como el liberal enfrentado a los monstruos nacidos del sueño de la razón que con la exigencia de un cronista.

La guerra, a pesar de su carácter inequívoco de afirmación nacional, complicó una revolución que como tal, y de por sí,



Muerte de Pedro Velarde y Santillán durante la defensa del Cuartel de Artillería de Monteleón. Joaquín Sorolla

ya era sumamente compleja. La invasión francesa, de hecho, interrumpió brutalmente la posible evolución de la España ilustrada a la España constitucional. Pero la nación que acabó surgiendo de la revolución puesta

en marcha a partir del Dos de Mayo estaba destinada a ser una nación constitucional, fundada por un pueblo con conciencia de su nacionalidad, y en la que **la modernidad se establecía en continuidad con la tradición**

**gracias a la pervivencia de la Corona. Revolución liberal y conservadora a un tiempo, enraizada en una nación renovada, y hecha por un pueblo que se sabía español y quería seguir siéndolo.**

## NOTAS

1. Según el relato de María Dolores Madrid Cruz, en Emilio de Diego & José Sánchez-Arcilla dirs., Diccionario de la Guerra de la Independencia, Madrid, Actas, 2001, t. I, pp. 593-595.
2. E. de Diego García, España en el infierno de Napoleón, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, p. 201.
3. Juan Pérez de Guzmán, El Dos de Mayo de 1808 en Madrid. Relación histórica documentada, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1909, pp. 643-713.
4. José Mor de Fuentes, Bosquejillo de la vida y escritos de José Mor de Fuentes, escrito por él mismo, <http://www.saltana.org/1/tsr/57.html#.YIOyGpAzbc>. Ed. impresa en Memorias de tiempos de Fernando VII, t. I, Miguel Artola ed., BAE, Atlas, Madrid, 1957.
5. Cit. en Ricardo García Cárcel, El sueño de la nación indomable, Madrid, Temas de Hoy, 2007, p. 105.
6. Ibid., pp. 106-107.
7. Conde de Toreno, Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, Madrid, BAE, t. LXV, 1872, pp. 57-59.
8. E. de Diego, España en el infierno de Napoleón, ed. cit., p. 191.
9. Ibid., p. 185.
10. Comte de Las Cases, Mémorial de Sainte-Hélène, París, Schneider et Langrand, s.f., p. 547.
11. Manuel Azaña, "... Castillo famoso", Obras Completas, Santos Juliá ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales – Taurus, 2008, t. II, p. 17.
12. La Cachucha madrileña, por un madrileño amante del Rey: file:///C:/Users/User/Downloads/bhm\_mb-1006-8.pdf. El primer verso hace referencia al intento de sacar al infante Don Antonio y en una edición temprana lleva la siguiente nota explicativa: "Por una voz que se oyó en Palacio que se los llevan, dio principio la libertad de la Europa". Ver también las letras recogidas por Christian Demange, El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958), Madrid, Marcial Pons – Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004.
13. Luis Santullano, Jovellanos, Aguilar Editor, Madrid, s.f., p. 258.
14. E. de Diego, "El papel decisivo del general "¡no importa!", en El nacimiento de la España contemporánea, E. de Diego dir., Madrid, Actas, 2008, pp. 18-34.